

Pietro Gori
(1865-1911)

Dos textos de Pietro Gori
con prólogo de Fénix.
"La Leyenda del Primero de Mayo" tomado en su versión de La Rebelión (Rosario, 01/05/1914)
"Himno del Primero de Mayo"
Tomado de Las Grandes Obras (Bs. As. Año III, Num. 80)

1era Edición 1° de Mayo 2024
Colección
Memorias del espíritu revolucionario



Barrett Comunidad Editorial.

Ig. @Barrettcomundiad
Web:https://barrettcomunidadeditorial.noblogs.org/



Memorias
del espíritu revolucionario

por Fénix

Es una ocasión excelente y una excusa predilecta para rememorar la épica lírica revolucionaria; pretérita oda de raíces hieráticas, sublimes y antagónicas.

Luctuosa frente a los intereses de la clase truhan, expropiadores de la naturaleza -saqueadores del bien comunitario y universal- causa de miserias e improperios.

Mientras le placen tantos siglos de sosiego, se suceden centurias totales de penurias para los egregios hijos de la tierra.

Los hálitos de las multitudes se encuentran ávidas de decencia y dignidad, conservan en su memoria inmaculada el hastío y el vejamen capitalista; esplín de los

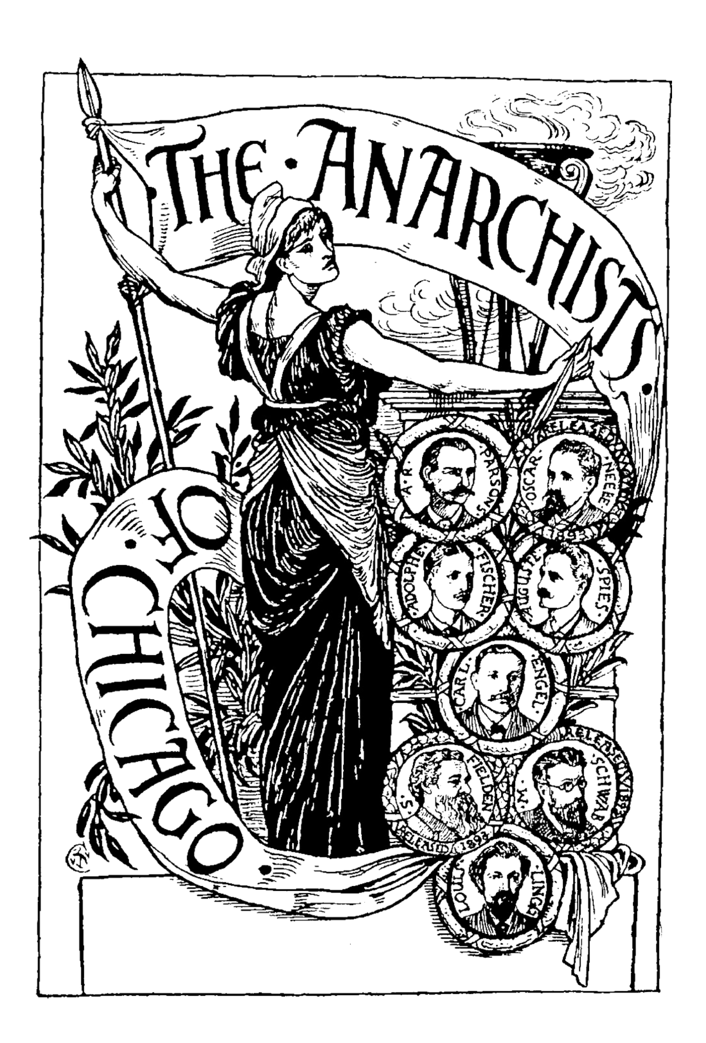
redimidos. Bregan desde su lugar solivian-tado contra el resquemor burgués, quienes vedan el pan y el trabajo, en detrimento del fragor popular, fuente de cimientos fra-ternales.

La fábula memorable -acicate de los es-enciales solidarios- arguye a los proleta-rios, clase eminente a congregarse en el primer sol de mayo, y forjar la unión a tra-vés de su himno arcano e intrínseco delan-te a los hidalgos de la concupiscencia.

La temporalidad y su trascendente obra nos invita a dirimir una actualidad desidio-sa; el resultado siniestro de los juegos de azar financieros, el mercado latrocinio de los poderosos, responsables de la acémila fuerza de trabajo, impía y fratricida. Ino-pia del trabajador.

Contemplemos las letras al género humano, de reciedumbre inagotable como bien ejemplifican las masas heroicas.

Mantengamos viva la vida, evoquemos las leyendas y las ideas revolucionarias; la sublevación y la resurrección germine en el corazón de los pueblos para su condición natural. Vivir y trabajar para sí, para la comunidad, jamás para el manirroto imperialista.


THE ANARCHISTS
OF CHICAGO
A. R. PARSONS
OSCAR NEEBE RELEASED
ADOLPHE FISCHER
AUGUST SPIES
CARL ENGEL
S. FIELDEN
RELEASED 1893
M. SCHWAB
LOUIS LINGG

La Leyenda del Primero de Mayo

Pietro Gori

Cuando la época de vergüenza y de sangre, que agoniza con el penúltimo siglo del segundo milenio, esté bien muerta y de la última podredumbre broten, eterno poema de la vida, las flores de nuevas primaveras, madurando la mies para la toda, ya verdaderamente hermanada, familia humana; cuando los gigantes de hierro, arrastrados a través de los continentes y los océanos, por la fuerza y con la velocidad del rayo, lleven de una extremidad a otra del mundo los productos del hombre al hermano lejano; y las canciones de guerra y las epopeyas del pasado se hayan apagado, como meteoros nocturnos, en el albor de cantos nuevos, llameantes sobre la nueva

transfiguración de la especie humana; cuando las lenguas suaves de Dante, de Victor Hugo y de Cervantes se hayan fusionado en soberbia armonía ideal con los idiomas austeros de Shakespeare, de Goethe y de Dostoyewsky –y la libertad besada por el arte haya elevado los corazones al culto del amor, de la belleza, y de la justicia, últimas religiones sobrevividas entre los hijos del hombre–, entonces el historiógrafo, porque en aquel tiempo de VERDAD habrá verdadera historia, dirá a sus contemporáneos el símbolo del 1º de Mayo, llegado a ser leyenda y día sagrado para los redimidos:

En una época ya lejana, había sobre la tierra cosas monstruosas, a las que el hombre civil de la nación humana dudaría en prestar fe, si no existieran los mudos

testimonios de tanta infamia, que duró una larga noche de siglos.

La que ahora parece natural: el derecho al goce de los bienes brindados a los hombres por Natura y al del trabajo de las generaciones pasadas, trasmitido a las futuras como propiedad de cada uno y de todos, se consideraba utópico, cuando no era castigado como delito.

Nacía y moría, entonces, la humanidad con destino inicuo.

Una parte de ella, que se llamaba la clase de los ricos, de los potentes, había acaparado, usurpándolo con el fraude o con la violencia, todo el tesoro del genio, del estudio y del trabajo- la inmensa reserva de riqueza– que no un hombre, sino todos los hombres, no una generación, sino todas las generaciones, habían acrecentado

con sus sudores, con sus lágrimas, con su sangre.

La guerra del hombre contra la natura, rebelde a cederle sus tesoros, sus secretos, había sido sostenida en común, tras largos milenios de prepara ración fatigosa; y con todo algunos prepotentes ó estafadores se habían posesionado del producto social de los siglos, en nombre de un privilegio, que llamaron derecho de propiedad.

Del otro lado, abajo, las muchedumbres obreras de todos los países (entonces divididos por la ambición de los potentes) vivían en una condición extraña, incomprensible para el ciudadano de la nación humana.

Los hombres de trabajo, que por consecuencia producían toda la riqueza, se

transmitían de padre a hijo la fatiga –una fatiga de mulos– y con la fatiga la miseria.

Las crónicas de aquel tiempo cuentan que existían albañiles de casas, los que después de haber construido tantas para aquellos que no sabían edificarlas, quedaban sin un techo bajo el cual pasar la vejez, cansada de tanto desgaste; que existían tejedores y tejedoras que después de haber confeccionado kilómetros de paños, telas y puntillas para quien no sabía tener la lanzadera en la mano, pasaban largos inviernos sin poder cubrirse ellos mismos sus niños, y los viejos suyos; que existían agricultores, los que después de haberse cansado por años y años en cultivar y hacer crecer, para quien no sabía guiar el arado, arroyos de trigo, y otros productos

agrícolas, quedaban a veces privados de la parte aún mínima de aquel pan, que los improductivos tiraban con desprecio a los perros.

Y lo más absurdo resaltaba del hecho de que aquella clase de trabajadores que se había afanado para producir –una vez que había llenado los almacenes ajenos de su producto, y que el capricho del mercado de entonces no quería más– era arrojada en la miseria, casi condenada al hambre, por haber trabajado con exceso. Y se llamaban, estos fenómenos de la imprevisión y de la estultes de aquellos sistemas, crisis de producción –mientras el mercado era una forma de robo legal, de mutua expoliación, en que la suerte de las naciones y de las necesidades públicas se reducían a un vil juego de azar.

Así marchaban las cosas, con pocas cambiantes de forma, desde tiempo inmemorable –cuando en las entrañas mismas de esta sociedad putrefacta, aparecieron los gérmenes de la Resurrección.

Y es aquí, donde la historia, después del poema de los poetas precursores, toma los contornos fantásticos de la leyenda.

Un día, del sepulcro de cinco mártires hechos ahorcar por una sociedad de mercaderes, en una metrópoli de América, porque habían pregonado los derechos de los trabajadores, y una jornada de fatiga menos larga y menos bestial para sí y para sus compañeros, partieron en peregrinaje para una reunión de obreros, que se realizaba en una ciudad europea, muchos hombres de buena voluntad, los que se llamaron caballeros del trabajo, como

manípulo de combatientes contra los caballeros de la holganza.

Y allá, en el congreso mundial, ellos llevaron esta idea, simple y grande –como todas las cosas que salen del corazón del pueblo– que el día 1° de Mayo (el mes de las holganzas dulces para el vagabundaje elegante y feliz) debía de ser proclamado día de descanso por voluntad de las huestes proletarias mismas.

Que en ese día, los trabajadores del mundo arrojaran en un rincón los utensilios de sus oficios, cruzando los brazos frente a los holgazanes de todos los tiempos, para ver si el mundo caminaba por obra de quien producía, muriendo de privaciones, o por mérito del que quedaba inactivo, aún nadando en lo superfluo.

Que en el día proclamado, los hijos de las varias naciones, mirando al Sol, comprendiesen que éste empezaba a resplandecer sobre un espectáculo nuevo: la unificación de la patria universal del hombre, en nombre del trabajo.

Y la fecha memorable empezó a regir desde el primer año de la última década del siglo XIX.

A la mañana del día predestinado (historia o leyenda que será real de todos modos) las gentes humanas, de las que solo blasón eran las manos callosas y los vientres semi-vacíos, se despertaron, acariciados por las armonías de un himno misterioso atún no escuchado por humanos oídos. Aquel himno venía de lejos, de todos los ángulos más apartados del mundo; y pasaba entre las máquinas innobles, sobre

los muelles silenciosos, sobre las ciudades extrañadas, como un rumor leve de voces infinitas, en variados idiomas–un clarineo de esperanzas, de dolores, de ideales; alguna cosa que decía de la dulzura de un alborear, y de la aproximación de una tempestad.

Los otros, los parásitos, hacían alarde de sonreír con sorna; pero la sonrisa cambiose en triste mueca y concluyó en contracción de miedo, y en un temblor de terror.

Y cada nuevo pretexto, a cada elevación de voz obrera pregonando los derechos del estómago mal alimentado –las clases vivientes en la holganza ordenaban a unos hombres adiestrados en el arte de matar a otros hombres, que llamábanse soldados,

el exterminio a fusilazos los hermanos, los padres, las esposas.

Así perpetuábase este inconcebible hecho: que el pueblo trabajador, que se aniquilaba para estos holgazanes, entonces llamados patrones, era el mismo que fabricaba sus cadenas, y los fusiles y los cañones que debían servir para exterminarlos, por manos de sus hijos, por manos del pueblo, esclavos ellos también y pisoteados.

Pero los vientos vivificadores de las primeras auroras del gran himno misterioso de Resurrección, pasaban de año en año, fortaleciendo las conciencias en los pechos obreros.

Y las voces que se trasmitían la palabra de orden de frontera a frontera, se acrecentaban de continuo, de modo que al fi-

nalizar del siglo se trocaron en fragor de huracán.

Fue en la primera mañana de Mayo de uno de los más agitados días del siglo XX, cuando se realizo el milagro –la transfiguración maravillosa de los hombres y de las cosas,–y es aquí también, donde la historia se adorna con los esplendores de la leyenda.

Las iniquidades, las estafas, las violencias triunfantes y honradas, cometidas en las altas esferas sociales, habían llenado en demasía el caris de las amarguras y de las vergüenzas, ofrecido desde siglos a las muchedumbres laboriosas, en compensación de los sacrificios inenarrables, de donde había brotado la civilización.

El alma popular estaba llena de dolor, de idealidades.

Cuando el primer Sol de Mayo, se levantó, millares de voces cantaron de común acuerdo el himno de emancipación; porque los esclavos se habían contado, y se daban cuenta, recién entonces, que eran ellos el número, la fuerza, el derecho, la humanidad, los otros, los dominadores, no eran más que un puñado de holgazanes, temblorosos de miedo.

Desde aquel día de luz, empieza la epopeya del género humano, la fecha histórica de la edad nueva El milagro de todas las naciones obreras, que entendíanse hablando el mismo idioma, en acentos variados –el idioma del trabajo creador, reivindicador– este milagro de gloria fue la redención del hombre, en la vida y por la vida.

En tal forma el historiógrafo del porvenir, cuando escriba la verdadera historia, narrará la leyenda del Primero de Mayo.

Himno del Primero de Mayo

Pietro Gori

Ven, ¡oh Mayo!, te esperan las gentes,
te saludan los trabajadores;
dulce Pascua de los productores;
ven y brille tu esplendido sol.

En los prados que el fruto sazonan
hoy retumban del himno los sones
ensanchando así los corazones
de los parias e ilotas de ayer.

Despertad, oh falanges de esclavos
de los sucios talleres y minas;
los del campo, los de las marinas,

tregua, tregua al eterno sudor.

Levantemos las manos callosas,
elevemos altivas las frentes,
y luchemos, luchemos valientes,
contra el fiero y cruel opresor.

De tiranos, del ocio y del oro
procuremos redimir al mundo,
y al unir nuestro esfuerzo fecundo
lograremos al cabo vencer.

Juventud, ideales, dolores,
primavera de atractivo arcano,
verde Mayo del genero humano,

dad al alma energía y valor.

Alentad al rebelde vencido
cuya vista se fija en la aurora,
y al valiente que lucha y labora
para el bello y feliz Porvenir.

Dos textos de Pietro Gori

"La Leyenda del Primero de Mayo"

"Himno del Primero de Mayo"

